

## EL SABIO CALDAS

(Primer centenario)

—29 DE OCTUBRE DE 1816—

*A Monseñor Carrasquilla*

Orgullosa de las joyas con que estaba adornada, una matrona romana, rogó con insistencia a su amiga Cornelia, madre de los Gracos, que le enseñase a su vez las suyas. La noble esposa de Escipión levantó entonces las cortinas del lecho de sus hijos diciendo: «Hé ahí mis joyas.» Verdad que no necesitaba de más riquezas aquella mujer: bastábanle las que poseía. Si en esta ocasión nos hemos de valer de tan bello e interesante episodio para remontarnos a los albores de la Independencia, la patria, cual otra Cornelia, alzará el velo tricolor de su bandera y mostrará sus hijos a las naciones del orbe como las más preciosas joyas con que fue libre.

Entre estos tesoros vemos brillar como un diamante a don Francisco José de Caldas, uno de los hijos más ilustres de la joven república; fue el mimado, pero también—como dice Menéndez Pelayo—fue «la víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado, a quien en mala hora confió España la pacificación de sus provincias ultramarinas.»

Caldas, nacido de prestigiosa cepa, educado con especial esmero y alimentado con la leche de la religión y de las sanas costumbres de sus padres, fue todo un carácter. Patriota, y verdadero patriota, no escatimó medio alguno en bien de la libertad de su patria. A tal fin encauzó sus conocimientos de sabio; pero desgraciadamente en el momento más augusto de su existencia, cuando su cerebro y en el corazón cristalizaban, sublimes, el pensamiento y las inspiraciones más ar-

dorosas y vehementes que realizarían el ideal soñado, cayó sobre él y demás próceres con quienes se asociaba, la mano negra del tirano para quitarles la vida. Aquel día fue el lento morir de las doradas ilusiones de independencia que con tanto calor ellos abrigaban en el alma. Escogitado por Morillo el Colegio del Rosario, como sitio de horror en que gimieran los sentenciados a muerte, Caldas, Ulloa, Lozano, Camacho, etc., fueron traídos a él y enerrados en las aulas donde no há mucho habían aprendido la ciencia de labios del eminente Mutis. De ellas salieron para el suplicio. Recordemos en esta página luctuosa que en el recogido recinto de la capilla del Colegio era también donde los mártires pasaban la última noche de su vida, orando a los pies de la Madre de Dios, su única fuerza y la que les enseñaba a morir con honor. ¡Oh soberano recinto, testigo de tantas amargas, suspiros y lágrimas, bendito seas! Cuando se piensa en el Caldas botánico, geodesta, físico, astrónomo, y se está en el lugar de su prisión, se siente una emoción tan patética y conmovedora ante la sola reflexión de que aquel mártir segado en la flor de la vida, acaso hubiera sido el pequeño cisne del altar del amor, que vio Sócrates en sueños posarse en su seno para después remontarse a las alturas. ¡Quién hubiera sospechado que el lugar donde Caldas anteriormente había atesorado el saber, le rendiría más tarde como presa segura de la muerte! Sorpresas del porvenir siempre misterioso. «Difícilmente, dice Blasco Ibáñez, hubiese creído Marino Faliero, el día de su coronación, que siete meses después había de morir sobre el mismo rellano.»

Francisco José de Caldas expiró en el patíbulo, y con él, aunque en otros lugares, la gloriosa legión de héroes, cuyos nombres consigna en letras de oro nuestra clásica historia. Corrió entonces la sangre en la atrozizada Bogotá, en Cartagena, en Tunja, y bastó que

se derramase para haberse operado aquel copioso florecimiento de triunfos libertadores y para que como exterminador incendio, hubiera convertido en ruinas al aplastante poderío español en la Nueva Granada.

El épico personaje, el genio extraño cantado por la poesía y esculpido por el arte; el que en sus *Memorias sobre la geografía del virreinato y sobre el influjo del clima en los seres organizados*, estampó su alma ingenua y sencilla con sus entusiasmos y nobles sentimientos y sobre todo con su ingenio, bien hubiera podido exclamar con el príncipe de la lírica latina, en medio de la sombría tristeza que lo abatía al emprender la *negra y larga partida: Non omnis moriar*. Y no morirás en verdad, ¡oh genio, que te irgues luminoso en el cielo de la gloria! Allí estarás soberbio, como un águila, cerniéndote infatigable! Colombia y sus hijos siempre te contemplarán con asombro y harán llegar a ti, oh mártir omnisciente, el incienso de amor que arde en sus corazones.

LUIS ALBERTO CASTELLANOS

